

Perelman, la seriedad de un escritor cómico

Contra reúne por primera vez en español 42 relatos del autor humorístico más célebre de Estados Unidos

Perelmania
 S. J. Perelman



Trad.: David Paradelo
 Contra, 2017
 376 páginas
 21,90 euros
 ★★☆☆

JAIME G. MORA

Desde que de joven se quedó casi ciego de toda la porquería que leyó. «Lo peor jamás pensado y dicho por el hombre -explicaba-. Combinado con mis estudios de latín y griego, produjeron resultados más que dudosos». Con esas credenciales se estrenó en esto de la escritura en su revista universitaria, componiendo viñetas cómicas. Pero pronto se le quedaron cortas, y se pasó a los cuentos. En total escribiría hasta 560 relatos, once guiones de cine -ganó un Oscar- y cuatro de televisión.

S. J. Perelman (Nueva York, 1904-1979) fue el «ser humano más gracioso del mundo», según Woody Allen. El eslabón necesario entre el cineasta y Groucho Marx, con quien trabajó en dos películas y que en el *blurb* de una antología de Perelman escribió: «Desde que cogí el libro hasta que lo dejé, me invadió una risa incontenible. Algún día tengo intención de leerlo».

El autor humorístico más célebre de la edad de oro de las letras estadounidenses se tomaba muy en serio su trabajo. Se consideraba un escritor, si acaso un escritor cómico, pero nunca un humorista. En el trato personal era más bien reservado: rehuía la risa fácil y, ya fuera por timidez o por sus ocasionales episodios de depresión, rara vez se lanzaba a contar



El escritor estadounidense S. J. Perelman

chistes en presencia de extraños. Tardó en conocer el éxito y las críticas le afectaban más de la cuenta.

Prosa barroca

Pese a su enorme producción artística, Perelman escribía despacio, muy despacio. Seis días a la semana, de diez de la mañana a seis de la tarde, se sentaba a pelearse con la precisión de las palabras. Quedaba tan lleno de barro cuando escribía, dijo en una entrevista, que le repugnaba releerse. Una vez le llamaron mientras pulía una frase, y Perelman prometió devolver la llamada cuando acabara. Tardó un día en hacerlo.

Esta anécdota la cuenta en el excelente prólogo de *Perelmania* Didac Aparicio, que con este libro sigue adelante en su empeño de publicar la obra de autores yanquis que por alguna extraña razón no han llegado a España. *Perelmania* es

una divertida antología de los mejores relatos del autor neoyorquino, disponibles por primera vez en castellano. Cuarenta y dos textos escritos a lo largo de cinco décadas, la mayoría rescatados del inagotable archivo de *The New Yorker*.

No es un libro fácil de leer, pues no se puede decir que el aterrizaje en ese universo desprovisto de sentido común sea placido. Ni navegar por esa prosa barroca, tan forzada, a veces tan elitista y otras tan informal. Para Perelman, «el principal mérito del humor es lo inesperado, las referencias indirectas, quitarle importancia a la grandilocuencia». Los títulos de sus relatos dan una idea de su narrativa: «Para mí lo eres todo, más impuestos municipales» y «¡Habrás visto! ¿De dónde han salido ese par de zánganos con curvas de guitarra?» son dos buenos ejemplos. Menudos sudores debió pasar David Paradelo para traducir esa batería de ocurrencias. Y qué necesario era poder leer estas historias de judíos, hipocondríacos y urbanitas desorientados.

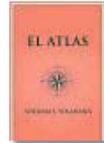
William T. Vollman, investigado por el FBI

Tan raro como genial, así es William T. Vollman y su literatura. Un hombre de mil caras, luces y sombras

terrorista conocido como el Unabomber.

Así, la competencia consigo mismo y con lo suyo propio es grande y variada y desapareja pero siempre apasionante (el tipo de problema al que, por ejemplo, se enfrenta el Bob Dylan de ahora al ser comparado con alguno de los muchos Bob Dylan de entonces). De ahí que, para concentrarse en apenas dos de sus *magnum-opus* en nuestro idioma, ahí están novelas totales como la ganadora del National Book Award en 2005 *Europa Central* o *La familia real*. O las colecciones de relatos *Historias del arcoiris* y *Trece historias y trece epitafios*.

El atlas
 William T. Vollman



Trad.: José Luis Amores
 Pálido Fuego, 2018
 576 páginas
 24,90 euros
 ★★☆☆

RODRIGO FRESÁN

En 2004, Larry McCaffery y Michael Hemmingson compilaron *Expelled from Eden: A William Vollmann Reader*. Allí se incluía una cronología biográfica que arrancaba en el 30.000 a.C. y concluía prediciendo, para el año 2010, la «muerte accidental» de Vollmann causada por un arma de fuego. Ocho años después, Vollmann (nacido en Los Angeles, 1958; y al que ya muchos le predicen un Nobel) sigue de este lado. Pero cabe preguntarse si *El atlas* (de 1996) es lo mejor de Vollmann hasta la fecha. Difícil dilucidarlo en una obra superando (in)cómodamente las más de 35.000 páginas y comprendiendo desde una saga en varios tomos sobre el pasado de los Estados Unidos, un ensayo bestial sobre la naturaleza de la violencia, las crónicas de viajes por los sitios más insospechados, la correspondencia en varias guerras o el rescate de niñas prostitutas tailandesas, para no hablar de su vida alternativa como transexual/travesti bajo el alias de Dolores a quien, por supuesto, dedicó todo un libro.



W. T. VOLLMANN

Muerte de la hermana

Dicho lo anterior, esquivemos las respuestas terminantes y optemos por afirmar sin dudar que *El atlas* es, cuando menos, la perfecta puerta de entrada a su mundo sin fronteras. Aquí están las adictas al crack y los relámpagos bibliocósmicos, entrevistas y epifanías, boxeadores y gitanos, Jerusalén y el Ártico, adivinos y *disco-dancers*, ficciones y no-ficciones. Y a la altura de la página 137, en el segmento titulado «Bajo la hierba», se arriba al Big Bang/Agujero Negro de la carrera sin pausa de Vollmann. Allí se cuenta ese día terrible en el que

Vollmann emociona y sacude cuando confiesa el trauma que sostiene y justifica todo lo que ha hecho: la muerte -cuando él tenía nueve años y por un descuido suyo- de su hermana menor, ahogada en una laguna de Hanover, New Hampshire, 1968. «Tu pequeño cráneo es un globo de luz... Nuestros padres me dieron un juguete tuyo para que te personificara y me dijeron que lo guardara para siempre porque nunca ibas a volver... Mis letras de sangre te han desenterrado, pero ojalá fueras aún mi hermana, bailando sobre la hierba», casi recita Vollmann.

Pero no es posible. Así que Vollmann sigue viajando y escribiendo y enseñando al lector que «la contemplación en exceso de cualquier objeto, sin importar la concentración de la mirada, siempre acabará revelando un secreto».

Que ese objeto -y ese secreto que merece dejar de serlo- sea el mundo de este libro llamado *El atlas*.